

"La Nación" Buenos Aires 4 Julio 1920
6-264



ROBINSON CRUSOE. - IV.

Por Miguel de Unamuno

RECOGIDO EN "De esta y de aquello" tomo III

EN cuanto a todas las disputas, luchas, bregas y pelea que han ocurrido en el mundo por la religión, sea sutilezas de doctrina o planes de gobierno de la iglesia, eran perfectamente inútiles para nosotros, como, en cuanto puedo ver, lo han sido para todo el resto del mundo». Así nos dice Robinson. Pero hay que tener en cuenta que ese «para nosotros» — «to us» — se refiere a él y a su criado y catecúmeno Viernes y es, por lo tanto, un nosotros como el Nos que usan los obispos y los pontífices. «Teníamos — añade — la segura guía — para el cielo, a saber: la palabra de Dios, y teníamos ¡alabado sea Dios! consoladoras ideas del espíritu de Dios enseñándonos e instruyéndonos por su palabra, llevándonos a toda verdad y haciéndonos deseosos de la instrucción de su palabra y obedientes a ella, y no consigo ver el menor uso de que el mayor conocimiento de los puntos discutidos en religión, que han armado tales confusiones en el mundo, nos hubiera valido si pudiéramos haberlo obtenido». Pero es menester que nada de esto nos engañe. Esa palabra de Dios era la palabra de Robinson a Viernes. Así que encontró un súbdito creó una religión.

«Después que Viernes y yo nos conocíamos más íntimamente — prosigue — y que pudo entender casi todo lo que le decía, y hablándome afuientemente, aunque en inglés chapurrado, le dí a conocer mi propia historia o por lo menos lo que se refería a mi llegada al lugar aquel, ¡cómo había vivido allí y cuánto tiempo! ¿Necesidad de confesarse, de descargar su conciencia? ¡No! sino necesidad de vivir en otro: de tras-vivir y sobre-vivir así. Porque el lorito le volvió a la sociedad, pero a la sociedad de sí mismo y acaso a la de Dios, mas no a la del mundo. El mundo era ahora Viernes, y le enseñó a Viernes a que le entendiese más que a que se diese a entender. ¡Ya tenía público! ¡Ya podía contar su propia historia! ¡Ya podía derramarse!

10
¡Contar la propia historia! ¿Y qué es lo que hacemos todos los que escribimos, todos los que hablamos a otros, y eso aunque parezca que estamos contando otra cosa? Pero es, lector, que contarte mi propia historia es contarte la tuya porque tan Robinson eres tú, sépalo o no, como yo y los dos comulgamos en robinsonidad. Y si tú eres mi Viernes yo soy el tuyo.

«Le describí — añade Robinson — el país de Europa y particularmente Inglaterra, de donde yo venía. ¡Cómo vivíamos, cómo adorábamos a Dios, cómo nos conducíamos unos con otros y cómo comerciábamos en barcos con todas las partes del mundo! Pocas veces se ha expresado en palabras más llanas, más simples, al parecer más insignificantes, al sentimiento de patria. En cuanto el pobre Robín tiene semejante, hombre con alma, y no lorito sólo, con quien hablar, le enseña inglés y le habla de Inglaterra, de su patria. Pero cuando algún tiempo después, estando los dos en la cima de un monte de la isla, de donde se descubría en días claros el continente de América, le oye a Viernes exclamar: «¡Oh qué gusto! ¡Veo mi país, mi nación!» Robinson se inquieta por su súbdito y teme que se vuelva, si puede, a su patria y que olvide no sólo su religión toda, sino todas sus obligaciones para con él. ¡Puro imperialismo! Ya está patriotismo frente a patriotismo y aun contra él. Robinson teme que Viernes dé a sus compatriotas noticias de él y vuelva con ciento o doscientos de ellos y hagan fiesta de él. Y así se acaba la historia.

Robinson, al cabo, le pregunta a Viernes si le gustaría volver a su patria y qué haría allí y si volvería a ser salvaje, a comer carne humana. El bueno de Robinson sentía ya que le dejaran sólo otra vez en su isla, ahora que era rey. Pero no quería salvajes en ella, sino ingleses. Porque había hecho, o por lo menos creía haber hecho, un inglés de Viernes. Y él, Robinson, era, por derecho divino de anglicanidad, rey de la isla.

Vino a caer en la isla un español, y gracias a esto, Robinson, el inglés, fué rey. «Mi isla estaba ahora poblada — nos dice — y me consideré muy rico en súbditos, y era una alegre reflexión que me hice a menudo, cómo me parecía a un rey. Ante todo, el país todo era mi propia nueva propiedad — my own were property — así que tenía indudable derecho de dominio. En segundo lugar, mi pueblo estaba perfectamente sometido; yo era señor y legislador absoluto; todos ellos me debían sus vidas y estaban prontos a rendirlas por mí, si hubiera habido ocasión para ello. Era notable, además, que no teníamos sino tres súbditos y eran de tres diferentes religiones: mi criado Viernes era protestante, su



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES



padre pagano y canibal y el español era papista. Concedí, sin embargo libertad de conciencia en mis dominios».

¿Cómo va a acabar esta épica historia del hombre solitario? ¡Empezó por la religión, gracias al lorito, y termina en el imperialismo económico! «Robin, Robin, Robin Crusoe, pobre Robin Crusoe, ¿dónde estás?» le preguntaba el lorito de su conciencia a Robinson cuando vivía solo en la isla rodeada de mar y de misterio por todas partes, pero en cuanto tuvo próximos e hizo de los próximos súbditos y se adjudicó la propiedad de la isla, la de tierra, la material, por el derecho—¡derecho!—de primer ocupante, decreta la libertad de conciencia para los demás. Lo que no decreta es la libertad de pro-

piedad. ¿Qué le importa que el padre de Viernes siga siendo pagano y el español papista, si no le han de disputar el absoluto dominio de la isla? ¡Qué caida!

«Mis condiciones—les dijo a sus súbditos—no son más que dos: la., que mientras estéis en la isla conmigo no pretenderéis autoridad aquí, y si pongo armas en vuestras manos me las devolveréis en toda ocasión y no dañaréis ni a mí ni a lo mío en esta isla, y, entretanto, os gobernaréis por mis órdenes, y 2a., que si se recobra o puede recobrar el

barco nos llevaréis a mí y a mi criado, pasaje gratis, a Inglaterra.» Así pensaba volver a su Inglaterra aquel puritano que de la religión fué a dar en la economía, y en la economía más irreligiosamente individualista. ¿Individualista? ¡Individualista no!, porque los otros, sus súbditos, eran también individuos, tan individuos como él, tan hijos de sus obras. La economía política de Robinson era imperialista.

Antes de dejar la isla, y en ella un pequeño pueblo de colonos, tuvo Robinson buen cuidado de adjudicarse su propiedad. «Además de esto—nos dice—repartí la isla en partes con ellos, me reservé la propiedad de toda ella, pero les di las partes en que convivieron, y habiendo arregla-

do todas las cosas con ellos y comprometíoles a no dejar el lugar, les dejé allí.» Y de la renta que le producía la isla vivió luego de salirse de ella y cuando se hubo casado.

Había salido Robinson a ver mundo, cayó en una isla desierta, y en la soledad de ella, un lorito de Dios le volvió a sí mismo y le enseñó la conquista del reino íntimo, pero otro hombre, después del terror que le causara ver en la arena la huella de un desnudo pie humano, otro hombre, e mejor, un súbdito, le volvió al sentimiento de su patria, del mundo civil y económico, y despertó sus instintos imperialistas. «Robin, Robin, Robin Crusoe, pobre Robin Crusoe, ¿dónde estás?, ¿dónde has estado?, le preguntaba el lorito de Dios, y al cabo, libre ya del lorito, de Pou, pudo decirse mirando a sus súbditos: «¡Estoy en mi patria!» Y su patria eran sus dominios, era su propiedad indisputada. Si los otros, si sus súbditos se la disputaban, que se volbiesen al mar de donde habían arribado a la isla.

Lo que Robinson no nos ha contado es cómo sus colonos se le sublevaron un día, le dijeron que de nada les servía aquella libertad de conciencia que les otorgó y le negaron la renta. Y es que también hubo un lorito de Dios para los colonos y vieron también una huella de pie desnudo, aunque no en la arena, sino en el mar. Vieron, sí, en el mar, al salir un día el sol, la huella de un desnudo pie gigantesco y oyeron en el cielo la voz de un lorito inmenso.

Y esta es la historia que falta por contar.

